

DOI: <https://doi.org/10.22201/cimsur.18704115e.2006.2.248>

CHIAPAS: FUTBOL Y MODERNIDAD

Andrés Fábregas Puig
UNIVERSIDAD INTERCULTURAL DE CHIAPAS

RESUMEN

En este ensayo, se aborda el papel del equipo de primera división, los Jaguares, en el contexto de la realidad chiapaneca. La capacidad del futbol para crear símbolos que conformen “comunidades de identificación” e “integración de la diversidad” se analiza en dos vertientes, la de las transformaciones económicas, y en concreto del empresariado chiapaneco y, por otra parte, la condensación de las fragmentadas identidades locales hacia una posible identificación estatal mediante el equipo de los Jaguares.

INTRODUCCIÓN

El primer día de enero de 1994, un grupo armado autodenominado Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), tomó por la fuerza cuatro cabeceras municipales en el estado de Chiapas. Tres de las ciudades ocupadas, Altamirano, Las Margaritas y Ocosingo, están situadas al filo de la selva, mientras que la otra, San Cristóbal de Las Casas, se ubica en el centro de una región conocida como Los Altos de Chiapas. La ocupación militar de estas cuatro ciudades causó una generalizada sorpresa en todo el país y despertó el interés en los asuntos de Chiapas y su situación social. Prueba de ello es que a escasas horas de lo sucedido había en la ciudad de San Cristóbal más de trescientos periodistas nacionales y extranjeros. Después de cuatro días de ocupación de las ciudades mencionadas y de intercambios de fuego con el ejército nacional de México, los insurrectos desaparecieron en las profundidades de la selva chiapaneca, aunque los enfrentamientos propiamente dichos se prolongaron hasta el día 19 de enero.

En el año de 1994, Chiapas permanecía en un período de inestabilidad política que se manifestaba en los cambios continuos de gobernador del estado. Así, en los últimos treinta años, de cinco gobernadores que debían de haber pasado por el cargo, lo hicieron nueve. Al llegar el año de 1994, el estado ya había experimentado a dos gobernadores. Con ciclos políticos como ese, es imposible llevar a cabo un programa, así sea elemental, de desarrollo. Cada cambio de gobierno significaba una vuelta total en la concepción de qué debía de hacerse en Chiapas. Esta convulsión política causó problemas graves en la sociedad, en la planeación de la economía y en el desarrollo de infraestructura. Era común, por aquellos años, leer y escuchar que el estado acusaba los niveles más bajos de desarrollo o los más altos índices de marginalidad. Analfabetismo, desempleo, falta de comunicaciones, ausencia de una red hospitalaria eficaz, pobreza, eran los signos de Chiapas. Había contrastes como el siguiente: Chiapas producía hacia 1994, 25% de la totalidad de la electricidad generada por hidroeléctricas y en contraste 30% de su territorio carecía de energía eléctrica. La industria de estados como el de Veracruz, se movía gracias a la energía generada en Chiapas, cuyos habitantes debían pagar las más altas tarifas por consumo de electricidad en todo el país. Las hidroeléctricas le costaron al estado la pérdida de sus mejores tierras laborables. Por ejemplo,

a finales de los años 1970, Chiapas perdió toda su cosecha de arroz, después de ser el principal productor de ese grano en México. En total, el estado sufrió la inundación del 13% de toda la superficie cultivable, lo que provocó movimientos sociales intensos en una sociedad eminentemente campesina en aquellos años. Los gobernadores no eran electos por la población sino designados desde la Ciudad de México, con el obvio criterio de defender los intereses del centro bautizados como nacionales, en detrimento del desarrollo local. Esta situación había resultado en un abatimiento de la autoestima de la población que se ahondó a partir del primero de enero de 1994. En efecto, los periodistas que en su inmensa mayoría desconocían la historia, la sociedad y la cultura de Chiapas, difundieron la imagen de que la población se componía de dos sectores: los indios y los ganaderos. Este simplismo le dio la vuelta al mundo y aún, hoy día, no son pocos los que siguen sosteniendo esa visión. En los medios de comunicación y aún en los escritos de los intelectuales, desaparecieron como por ensalmo los sectores de la población compleja para dar paso a una concepción que ubicaba al estado como el teatro de batalla entre los buenos y los malos, como en las clásicas películas del Oeste norteamericano, sin más. Según esas versiones, la intelectualidad de Chiapas no existía ni los sectores populares y aún menos, las clases medias. Todo el aparato mediático del mundo se volcó sobre la entidad para analizar con lupa miope lo que allí pasaba. Por supuesto, la situación es mucho más compleja y no es el objetivo de este artículo analizarla. Pero este preámbulo es necesario para ubicar al lector en lo siguiente: como colectividad social, la autoestima de los chiapanecos se fue al abismo. Se creó un sentimiento generalizado de abatimiento, de falta de confianza en las capacidades locales para superar los problemas y echar andar la transformación social. Aparejado con ello, la fragmentación de la sociedad chiapaneca se ahondó. Se profundizó en el discurso de todos los sectores la separación entre ellos y nosotros, entre los indios por un lado y los que no lo son, por el otro, además de enfatizarse las diferencias sociales. Una especie de anomia, como lo planteaba Émile Durkheim, se asentó en la sociedad. Los conflictos en las comunidades llegaron a extremos graves, produciendo divisiones difíciles de restañar. Los núcleos de parientes se descompusieron en diferentes facciones que se disputaban el poder político local, teniendo como contexto la circulación continua de gobernadores en el estado. El faccionalismo dividió

a los partidos políticos, a las organizaciones sociales, a los Ayuntamientos y a las propias comunidades y pueblos del ámbito chiapaneco. Si además se tiene en cuenta que en el estado la población vive dispersa en cerca de 20,000 núcleos, la mayoría menor de 1,000 habitantes, se tendrá un panorama de las dificultades para lograr la integración. Además, el desarrollo como es característico en México, resulta ser desigual, con regiones prósperas en contraste con otras en donde predomina la pobreza. Sin tratar de hacer una larga referencia a la historia chiapaneca, conviene detenerse en algunos momentos significativos que ayudan a explicar el presente y el contexto del futbol.

CHIAPAS: UNA MIRADA AL PASADO.

En primer lugar Chiapas, es un resultado del fin del régimen colonial español en lo que es hoy América Latina. Durante los años de la colonia, osciló administrativamente entre la Capitanía General de Guatemala o la dependencia directa del Virreinato de la Nueva España. La Capitanía General era parte del Virreinato pero tuvo cierta autonomía en asuntos administrativos. Como es bien sabido, los castellanos introdujeron la organización municipal y, por la Reforma Borbónica, el régimen de Intendencias. En el caso chiapaneco, fue el Ayuntamiento de la Ciudad de Comitán el primero en declararse independiente en 1821 y, a partir de ese momento, le siguieron los ayuntamientos restantes y aún, el de Guatemala en Centroamérica. Este dato es importante para tener en cuenta que durante el régimen colonial se incubó una especie de “sentimiento chiapaneco”, una identidad quizá difusa, pero perfilada como un proceso. El estado propiamente dicho se inició con una decisión municipal, la del cabildo de Comitán, que impulsó la formación de una comunidad política. En México, aún nadie ha planteado si los Estados Federados son “naciones locales” o son Estados sin naciones. Se da por sentado que México es una Federación de Estados Soberanos que se reconocen en una sola nación, la Mexicana, y esta es la que sostiene al Estado nacional. Este aspecto de la realidad mexicana debe ser discutida con detalle, más, en momentos como los actuales, en que se acentúan los reclamos no sólo locales o regionales, sino de los Estados Federados como tales. En aras de la Federación, los estados componentes de la misma han

cedido su soberanía en aspectos claves como las relaciones exteriores, mantener un ejército o la propiedad de las carreteras troncales, aeropuertos, hidroeléctricas, el patrimonio arqueológico e histórico, todo ello considerado de competencia exclusiva de la Federación.

Otro aspecto de importancia para entender al Chiapas contemporáneo es el resultado de la Revolución de 1910, aunque esta esté cada día más lejana en la historia del país. Pero en el caso chiapaneco debe tomarse en cuenta que los hacendados y sus peones reaccionaron en contra del movimiento armado, concebido como un intento centralista para subordinar a las regiones. El llamado “movimiento mapachista” encabezado por los terratenientes, logró erigirse como el defensor del “sentimiento chiapaneco”, oponiendo una resistencia armada que tuvo éxito. A partir de ello, los programas de la Revolución entraron a Chiapas a cuentagotas, subrayando el atraso de la entidad en relación al resto del país. El mapachismo fue, en varios sentidos, un movimiento de reafirmación de la identidad local, a la manera en que sucedió con la llamada Guerra Cristera. Sólo que a diferencia de esta última, los mapaches triunfaron militar y políticamente, negociando las medidas que la Revolución propuso, en especial, la Reforma Agraria y otros aspectos de la modernización.

Con el tiempo, el círculo político chiapaneco dependió cada vez más de las decisiones del Centro, hasta llegar al extremo de que los gobernadores se designaban en la Ciudad de México y eran legitimados con las votaciones locales, que en forma sospechosamente unánime confirmaban la designación. En ese proceso de acomodarse a los ritmos de la Federación, las élites políticas locales administraron los cambios y mantuvieron la fragmentación de la sociedad, incluso profundizándola.

La fragmentación de la sociedad en Chiapas es un resultado histórico que sirvió de contexto a la rebelión armada de 1994 y la profundizó. La forma de designar a los gobernadores sin intervención de la población no sólo conculcó los derechos ciudadanos sino que introdujo mayores factores de fragmentación social. En una sociedad tan contrastada, los símbolos de una identidad integradora no han terminado de consolidarse. Ciertamente el Himno a Chiapas es uno de esos símbolos de integración que tenía y tiene mayor penetración en la sociedad. De igual forma, la marimba era y es reconocida como un símbolo de lo chiapaneco y, en menor medida, la gastronomía basada en los tamales. Pero la sociedad

carece de un símbolo integrador, capaz de atravesar las fronteras operantes de la diferenciación social y la variedad cultural. Ese símbolo se ha posibilitado desde el año de 2002 con la llegada de un equipo profesional de futbol: los Jaguares de Chiapas. El proceso aún está en sus comienzos y no es posible determinar si tendrá su culminación en un símbolo integrador, reconocido por todos los sectores de la sociedad en Chiapas, aunque los hechos puestos al descubierto por la presencia del equipo de futbol apuntan hacia esa dirección.

...Y LLEGARON LOS JAGUARES...

Para quienes no están familiarizados con la organización del futbol en México conviene apuntar que los torneos de liga se reparten en dos “campeonatos cortos” durante el año. El máximo organismo que dirige el futbol en el país es la Federación Mexicana de Futbol que reúne a todos los clubes profesionales existentes. Este organismo celebra los campeonatos en la forma antedicha llamándolos de “invierno” y de “verano” o de “apertura” y de “clausura”. Existen 18 equipos de primera división en el circuito mexicano. Estos 18 equipos están divididos en tres grupos, con seis equipos cada uno. Al final de la fase de clasificación del torneo regular, los equipos que quedaron en el primer y segundo lugar de su respectivo grupo pasan a jugar la “liguilla” con la modalidad de visitante y local, eliminándose el que menos goles anote en ambos partidos. Los segundos lugares que han quedado empatados por el puntaje y en ocasiones, el mejor tercer lugar, juegan lo que se llama el “repechaje” para ingresar a la liguilla que así queda conformada de ocho equipos. La final del campeonato se juega entre los dos equipos que han sobrevivido a los partidos de eliminación, y lo hacen bajo la misma modalidad. Si al final de los dos partidos reglamentarios se produce un empate, se juegan dos tiempos extras. Si persiste el empate, el campeonato se dirime con tiros de penal.

Además de las características de los “torneos cortos”, que tienen una lógica comercial, la Federación Mexicana de futbol permite el cambio de “franquicias” con gran facilidad, porque ello es parte del futbol como negocio. Este aspecto amerita un análisis aparte. Por ahora, apuntaré que ese mecanismo es lo que permitió establecer a los Jaguares de Chiapas.

En efecto, uno de los clubes más añejos del futbol mexicano, el Irapuato, decidió cambiar de franquicia para irse al puerto de Veracruz en donde se convirtió en los “Tiburones Rojos”. Resultó que los “Tiburones Rojos” de la primera división de ascenso ganaron el campeonato en 2002, con lo que no era posible la existencia de dos equipos con el mismo nombre en la Primera División. Fue así como una franquicia quedó libre. El 27 de junio de 2002, Alejandro Burillo, Presidente del Grupo Pegaso, en un evento oficial que contó con la presencia del gobernador del estado, Pablo Salazar Mendiguchía, anunció la creación del equipo Jaguares de Chiapas con sede en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez. En esta ciudad, el gobierno del estado es propietario del único estadio que ofrece condiciones para albergar a un equipo profesional de primera división. Dicho estadio lleva el nombre de un maestro de educación física que fue muy querido en la ciudad además de promotor pionero del futbol: Víctor Manuel Reyna, “El Maestro Reyna” como con afecto le decían todos sus alumnos. Dado que el estadio necesitaba remodelarse, los Jaguares de Chiapas jugaron su primer partido fuera de su sede, en el Estadio Azul, de la Ciudad de México, ante los Tigres de la Universidad de Nuevo León. El duelo entre felinos terminó con la victoria de los Tigres por 3 goles a 1. El jugador argentino Lucio Filomeno fue el primer anotador de los Jaguares chiapanecos.

El partido inaugural en el Estadio Zoque Víctor Manuel Reyna, al que se le antepone el nombre del pueblo prehispánico fundador de la actual Tuxtla Gutiérrez, se llevó a cabo el 17 de agosto de 2002 contra las Chivas Rayadas de Guadalajara, el equipo más popular del futbol mexicano, ícono de la identidad nacional. La fecha era histórica porque marcaba el inicio del futbol profesional de primera división y porque el equipo rival, también conocido como el Rebaño Sagrado, tiene muchos seguidores en el estado. En efecto, antes de la introducción de un equipo local de futbol, las Chivas gozaban en Chiapas de un amplio apoyo por ser un equipo formado sólo por jugadores nacionales. La mayoría de la población chiapaneca veía en ese equipo de Jalisco a una suerte de selección nacional. Dos días antes del partido, Tuxtla Gutiérrez vivió momentos completamente nuevos en la ciudad. Miles de habitantes, sobre todo jóvenes, empezaron a recorrer las calles con símbolos futbolísticos, un rasgo novedoso en el atuendo de la gente. Había quien portaba la camiseta de las Chivas pero iba con el rostro pintado de jaguar. O al revés, había quien vestía la camiseta de los jaguares

pero llevaba el rostro pintado con los símbolos de las chivas. Las banderas de ambos equipos ondeaban por todos los rumbos de la ciudad. Las chivas rayadas arribaron a Tuxtla Gutiérrez la tarde del 16 de agosto, siendo recibidos por una multitud de aficionados que siguieron al autobús que los transportó desde el aeropuerto al hotel en donde se hospedaron. La ciudad vivía una movilización y una euforia fuera de lo común. La conversación obligada era el próximo partido de futbol. El día del juego, por lo menos con dos horas de anticipación, el estadio Zoque Víctor Manuel Reyna estaba repleto. Las banderas de ambos equipos se disputaban el espacio. Había quienes agitaban ambas banderas a la vez. Las camisetas de las Chivas eran tantas como las del equipo local. La expectativa ante el partido creó un clima de excitación colectiva notable. Al momento en que las legendarias chivas rayadas saltaron al campo de juego, una ovación atronó el espacio. La multitud se agitó y el cielo se pintó de blanco y azul, los colores tradicionales del llamado Rebaño Sagrado. Segundos después, los Jaguares de Chiapas, vestidos de naranja, ingresaron al campo de juego. Ahora el cielo cambió de tonalidad para pintarse de anaranjado, el color de la flor de los flamboyanes, un árbol común en Tuxtla Gutiérrez. Una vez presentados los equipos, el público fue convocado a cantar el himno a Chiapas. La multitud se puso de pie y ante la mirada atónita de los jugadores de ambos bandos, entonó el Himno que los chiapanecos cantan en cada ocasión especial: “Compatriotas, que Chiapas levante/ una oliva de paz inmortal/ y marchando con paso gigante/ a la gloria camine, triunfal”. La multitud cantaba a pulmón abierto. El Himno continuaba: “Cesen ya de la angustia, las penas/ los momentos de triste sufrir/ que regresen las horas serenas/ que prometen feliz porvenir./ Que termine la odiosa venganza/ que se acabe por siempre el rencor/ Que una sea nuestra hermosa esperanza/ Y uno solo, también, nuestro amor.” Fue un momento cargado de emotividad. Una multitud de 25,000 espectadores, más los que emularon el acto en sus casas frente a sus televisores, cantaban una canción de unidad en un espacio público de esas dimensiones, por vez primera desde el primero de enero de 1994. El momento propiciaba un autorreconocimiento colectivo, una suerte de reconstrucción de una comunidad perdida o no alcanzada antes a cabalidad en la historia de la formación del estado de Chiapas.

Como deporte, el futbol era practicado en Chiapas bastante antes de la llegada de un equipo profesional de primera división. Diversos testimonios tanto orales como documentales, permiten afirmar que el futbol fue introducido a Chiapas, junto con el box, el ciclismo y el béisbol, en el año de 1905, es decir, hace ciento dos años. Se sabe que fueron un grupo de hermanos apellidados Lobato, quienes llevaron las primeras prácticas del deporte moderno a Chiapas. Más tarde, con la llegada de los Republicanos Españoles, el balompié cobró un nuevo impulso. Los Republicanos, como un medio para ganarse las simpatías de la población, organizaron equipos y competencias hacia el año de 1940. Lo cierto es que para la década de los años 50, el futbol era practicado por lo menos en ciudades como Tuxtla Gutiérrez, San Cristóbal de Las Casas, Arriaga (que, por cierto, se llamó “estación Jalisco”), Tonalá, Huixtla, Mazatlán y Tapachula. En la capital del estado, los partidos más atractivos se llevaban a cabo en el campo de futbol del Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas (ICACH), logrando reunir a un número considerable de espectadores. Incluso, jugadores surgidos de las filas estudiantiles, como es el caso de Benito Pardo, llegaron a jugar profesionalmente en la primera división del futbol mexicano. Pero fue en los años de 1980 a 1982 que el futbol profesional de segunda división y hasta de tercera, fue introducido a Chiapas por el gobernador sustituto Juan Sabines Gutiérrez, hermano del poeta Jaime Sabines. Ello contribuyó a mantener una afición que seguía los partidos. Durante la década de los años noventa del siglo pasado, empezaron a proliferar los campos de futbol a lo largo de la línea fronteriza con Guatemala. Paulatinamente el futbol se consolidó en un factor de acercamiento entre los pueblos fronterizos de Chiapas y de Guatemala, además de suceso indispensable en las fiestas pueblerinas.

Inclusive, los mismos Lacandones, el último grupo silvícola de México, adoptó el futbol y una de sus solicitudes permanentes es tener facilidades para acudir a Tuxtla Gutiérrez a presenciar un partido de los Jaguares. El reto que los zapatistas han lanzado al Inter de Milán para celebrar un partido amistoso, no está alejado de esta situación de adopción de ese deporte por parte de los pobladores de la selva. Pero antes del 2002, el futbol en Tuxtla Gutiérrez en particular y en Chiapas en general, no lograba ir más allá de un círculo de espectadores en su mayoría estudiantes. Al llegar los Jaguares de Chiapas, la afición que se fue formando a través

de la televisión, se manifestó públicamente, sorprendiendo a propios y extraños. Por cierto, los pueblos y ciudades del norte del Estado, en el año en que iniciaron los Jaguares, se quejaban de la ausencia de señal de televisión porque eso les impedía disfrutar de los partidos. Estos hechos sugieren que el futbol podría convertirse en un mecanismo de movilización social y en la posibilidad de contar con un símbolo tangible de identidad para la población de Chiapas en tan solo unos años. ¿Por qué es esto así?

EL FUTBOL: TESIS Y SUPUESTOS

La tesis que propongo para explicar el papel actual del futbol en Chiapas es la siguiente: el balompié llega en medio de las tensiones de una sociedad fragmentada con su autoestima prácticamente nulificada. El futbol ofrece las condiciones para congregar a la población y brindarle un símbolo tangible de sí misma. Como lo expresó un aficionado, “El regionalismo es lo que me llevó a los Jaguares”. El equipo de futbol puede generar un símbolo integrador que atraviese las desigualdades sociales y las diferenciaciones culturales. Otro aficionado dijo: “El futbol ha contribuido a darle alegría a un pueblo que ha sido muy golpeado por la historia”. El futbol se manifiesta con posibilidades de que la sociedad de Chiapas lo establezca como mecanismo de movilización para resolver la fragmentación, que se expresa en otros ámbitos, como el cultural, el político, el religioso, además de la evidente separación socioeconómica de la población. El proceso no está consolidado y dependerá de muchos factores el que llegue a su plena maduración. Sin duda, uno de ellos, es el desempeño del equipo mismo dentro de los torneos periódicos y el hecho de que maduren las condiciones económicas para su permanencia.

Quienes escogieron el nombre del jaguar para bautizar al equipo de Chiapas tuvieron una inspiración atinada. En efecto, el jaguar es un felino que llega a medir hasta 1.60 metros de largo más los 50 o 55 centímetros de rabo. Su color es rojizo tendiente a naranja, salpicado con manchas negras en el centro de su cuerpo. El pecho y el vientre del jaguar son de color blanco, moteados de negro. Suele tener manchones pequeños de negro en la cabeza y en los hombros. Su cabeza es poderosa, grande, con mandíbulas sólidas capaces

de triturar los huesos de un toro. Algunos jaguares son de color negro. Este felino es uno de los habitantes señeros de las selvas tropicales de Chiapas.

Desde los antiguos Olmecas hasta los Mayas clásicos, y prácticamente en todas las culturas complejas del México antiguo, existió el juego de pelota, no tanto como distracción sino como ritual de gran importancia. En el simbolismo del juego de pelota, tanto entre los Olmecas como entre los Mayas, suele aparecer el jaguar. Por ejemplo, en la llamada Estela 21 de la ciudad arqueológica de Izapa, en el municipio de Tuxtla Chico, en la región conocida como Soconusco, se muestra la escena de un jugador de pelota derrotado que es transportado por dos sacerdotes. En la parte superior de esta escena se encuentra un jaguar. Por esta misma estela sabemos que uno de los individuos que transporta al derrotado es un sacerdote vestido de jaguar. El jaguar representó, para los extintos Olmecas y para los grupos Mayas actuales, a la Tierra, el origen de la vida. Es claramente un dios solar. Era, por ese motivo, la deidad más importante en el mundo indígena de Chiapas. El jaguar está asociado a la lluvia y como tal se le representa entre los Mayas en forma de serpiente-jaguar. Así que el jaguar, para las antiguas culturas de Chiapas, es el símbolo de la vida: lluvia y tierra, en un pueblo que vivió y aún vive, del cultivo del maíz. En ocasiones, a los propios sacerdotes mayas se les representó con pies de jaguar. En cierto sentido, el jaguar es un símbolo que relaciona a la sociedad chiapaneca con su pasado, vinculándola con el presente. Para la población que no desciende de los pueblos originales de Chiapas, el jaguar es un símbolo de fuerza, exhibido en el zoológico de Tuxtla Gutiérrez como un animal emblemático, junto al quetzal. Para amplios grupos de la población mexicana en general, el jaguar alude al Sur de México.

Las primeras campañas del equipo Jaguares de Chiapas durante los años de 2002 y 2003 fueron desastrosas. El equipo estuvo muy cerca de descender a la primera división de ascenso, ante la angustia de miles de aficionados. Lo notable es que el estadio no dejó de abarrotarse, aún con el mal desempeño del equipo. Al terminar el torneo a finales del año 2003, hubo celebraciones en las ciudades chiapanecas porque el equipo logró su permanencia en el máximo circuito del fútbol mexicano. Para encarar el torneo llamado de “Clausura 2004”, y al observar la importancia creciente del fútbol en Chiapas, un grupo de empresarios locales adquirió la franquicia para, según expresaron, “arraigar al equipo”. En efecto, hasta el año de 2004, el equipo de los Jaguares de Chiapas era propiedad del “Grupo Pegaso”, es

decir, del empresario Alejandro Burillo y su socio, Antonio García, propietario de la fábrica de artículos deportivos “Garcis”. Un grupo de empresarios jóvenes de Chiapas, de entre treinta y cinco y cuarenta años de edad, encabezados por Antonio Leonardo Castañón, propietario de la cadena de “Farmacias del Ahorro”, compró la franquicia del equipo que, bajo el “Grupo Pegaso” contó con patrocinadores como la cadena de supermercados “Soriana”. Estos patrocinios fueron substituidos por el de las “Farmacias del Ahorro”, desapareciendo del uniforme de los jugadores las marcas “Garcis” y “Soriana”. Así mismo, la línea de autobuses más arraigada en Chiapas, la “Cristóbal Colón” (OCC) es parte de los patrocinios más importantes del equipo Jaguares. En corto tiempo, de 2004 al 2005, Antonio Leonardo se convirtió en propietario único del equipo de futbol chiapaneco. El nuevo propietario del equipo, cambió al cuerpo técnico además de renovar la planta de jugadores. Los resultados fueron más allá de lo que se esperaba, según admite el propio dueño del equipo. En efecto, los Jaguares de Chiapas sólo perdieron un juego en la campaña de clausura del año 2004, y se mantuvieron en el liderato general de la tabla de posiciones, convirtiéndose en el “equipo revelación” del torneo, según la prensa especializada. Para la sociedad chiapaneca esta situación ha permitido una movilización social en torno al futbol que no se había manifestado antes. La presión sobre el equipo es enorme. Los chiapanecos lo quieren como campeón del futbol mexicano, lo que sería un caso nunca visto antes en el circuito. “Ya nos acostumbramos a verlos ganar”, me decía un aficionado mientras observábamos un partido en el Estadio Víctor Manuel Reyna. Es decir, que un equipo con sólo cuatro años de vida llegue al campeonato en el máximo circuito del futbol mexicano, sería un hecho sin antecedentes en el futbol en el país. En la actual campaña del torneo de “Clausura 2006”, el equipo de los Jaguares de Chiapas se ha mantenido en las primeras posiciones de la tabla general y, seguramente, jugará la “liguilla”. Si alcanza el campeonato, la movilización social en Chiapas no tendrá precedentes para celebrar el suceso. Por lo pronto, el equipo chiapaneco estableció una marca en el torneo de “Apertura 2004”, al clasificar cinco fechas antes del término de la primera parte del campeonato y lograr terminar como líder general de la tabla con 41 puntos.

En el año de 2004, el equipo Jaguares de Chiapas tenía una plantilla de jugadores en la que sólo uno era originario de Chiapas y no tuvo gran actividad en el torneo. La columna vertebral del equipo la conformaban tres jugadores brasileños y uno paraguayo. Ninguno tenía idea de Chiapas, más allá de lo difundido mundialmente sobre la presencia del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Pero igual sucede con los jugadores mexicanos que pertenecen al equipo. Ninguno conocía el estado y menos, las características culturales o la historia de la población. Para ellos, era un trabajo más jugar en Jaguares de Chiapas. Ninguno pensó en lo que el equipo llegaría a significar para la sociedad ni la movilización que lo acompañaría. En el caso de los jugadores fundadores, llegaron a Chiapas a regañadientes, a jugar en una plaza que nunca había tenido futbol profesional de primera división. La mayoría se lo tomó como un preámbulo al retiro, como los últimos días de su carrera deportiva. Al filo de la navaja, obtuvieron que el equipo permaneciera en la primera división y ese fue su logro más significativo. De la actual planta de jugadores, la mitad son nuevas adquisiciones hechas por los recientes dueños del equipo. Esto subió sus bonos al mantener una racha que muy pocas veces sucede en el futbol mexicano. Sólo un partido perdido e invicto en su propia cancha en todo el año de 2004.

Una de las porras (barras) mejor organizadas que siguen a los Jaguares estadio por estadio es la que pertenece a una ciudad emblemática del estado llamada Chiapa de Corzo. Fundada en el pasado prehispánico por grupos de habla Otomangue venidos desde Nicaragua, la actual ciudad es un símbolo de la población mestiza de Chiapas. Situada a la orilla del río Grijalva, a sólo ocho kilómetros de Tuxtla Gutiérrez, la ciudad celebra, durante el mes de enero, la fiesta más importante del ciclo festivo chiapaneco. El acto central de esas fiestas es la performance de una danza masivamente interpretada por la casi totalidad de habitantes de la ciudad, llamada de Los Parachicos. Chiapa de Corzo se vuelca en las calles para ejecutar esa danza cuya música se basa en tambores y flautas de carrizo. Popularmente a ese tipo de ejecución musical se le conoce en Chiapas como “el tambor y el pito”. Los danzantes llevan, entre otros atuendos, una máscara que se elabora en la misma ciudad y que representa el rostro de un español. Es una máscara famosa en el mundo de las artesanías mexicanas. Las porras la portan en el estadio de futbol mientras se celebra el juego además de bailar en las tribunas

la danza de Los Parachicos, acompañada del “tambor y pito”. Es un bullicio persistente. Durante el partido del día domingo 4 de abril de 2004, entre Jaguares contra el visitante de San Luis Potosí, un estadio lleno vio como su equipo perdía en el primer tiempo.

El nerviosismo de los espectadores era evidente, pero la música de “tambor y pito” no cesaba ni el movimiento de los danzantes. En las postrimerías del segundo tiempo, con un marcador empatado, el centro delantero de los Jaguares, el paraguayo Salvador Cabañas, marcó el gol de la victoria. Lo celebró poniéndose la máscara de Parachico y ejecutando unos pasos de la danza. La ovación fue instantánea y el júbilo contagió a todo el estadio. Se selló así la comunión entre el equipo y la sociedad local. El suceso fue comentado por todos los medios en México, tanto de prensa escrita, como en la radio y la televisión. La foto del jugador jaguar con la máscara de Parachico y danzando le dio la vuelta al país. Pero el desconocimiento de Chiapas por parte de los comentaristas deportivos nacionales se evidenció de nuevo. En uno de los programas deportivos televisivos más importantes, al día siguiente del partido, mientras se mostraban las imágenes del jugador jaguar danzando, el conductor del programa dijo, “Cabañas se colocó la máscara del Sub Comandante Marcos”, lo que es falso. Pero este incidente ilustra la ignorancia generalizada que existe en México sobre el estado de Chiapas, y la persistencia de una imagen fabricada por los propios medios. Ello realza la importancia del futbol pues a través del equipo se está proyectando una imagen diferente que va más allá de una sociedad conformada por indios y ganaderos en permanente enfrentamiento.

AFINACIÓN DE LA REFLEXIÓN ANTROPOLÓGICA

El caso chiapaneco plantea varias interrogantes al análisis antropológico del futbol y establece problemas para una teoría antropológica del deporte. Lo primero que destaca es la relación entre el deporte y la modernidad, lo que ha sido planteado en la literatura de ciencias sociales (Medina y Sánchez, 2003). En el caso de Chiapas esta relación es particularmente importante en un estado de la Federación Mexicana que, por circunstancias históricas complejas, llegó tarde a la modernidad con relación al resto del país. La modernidad chiapaneca se establece en medio de una sociedad fragmentada por múltiples factores que abarcan desde la economía,

la desigualdad social, la pluralidad cultural hasta las diferencias religiosas y políticas. A ello debe agregarse, en el caso particular chiapaneco, la continuada difusión de una imagen simplista de la sociedad que tuvo sus consecuencias al interior de la misma. En este sentido, el deporte en general, y el futbol en particular, ha devenido en mecanismo que combina los rasgos tradicionales de la sociedad con los elementos nuevos de la modernidad. Ha sido especialmente importante en Chiapas la coincidencia de la llegada del equipo de futbol con la apertura de una carretera y la construcción de un puente sobre el vaso de la hidroeléctrica de Raudales, Malpaso, que conecta al estado con la Ciudad de México en ocho horas, viaje que hasta hace unos años tomaba hasta veinte horas. Esta infraestructura carretera se ha complementado con la inauguración de un aeropuerto, en el municipio de Chiapa de Corzo, que resolvió el añejo problema de las comunicaciones aéreas en Chiapas. Con el futbol llegó también la mercancía futbolera: ropa y atuendos en general, que colocan a los jóvenes en la moda del resto del país. El futbol se ha posicionado como un símbolo de símbolos para mostrar la nueva etapa de la introducción de Chiapas a la modernidad mexicana. Pero también el futbol genera la demostración de la existencia en Chiapas, por vez primera, de un empresariado local modernizador, que ve un negocio factible y atractivo en la mercantilización del ocio. La imagen del ganadero como único factor económico de poder, se ve desmentida por este sector de financieros que acaparan el comercio, la creciente industria del turismo y, ahora, el ocio. El futbol es, en Chiapas, un orientador del consumo para una sociedad en vías de desarrollo. No tardará el momento en que se construyan las llamadas “ciudades deportivas” multifuncionales en términos de la práctica del deporte. La llegada del futbol ha coincidido en Chiapas con un momento en que varios deportistas locales destacan en las competencias nacionales y, aún, las internacionales. Lo que ven los capitalistas chiapanecos en todo este movimiento es la emergencia de un mercado que promete ganancias espectaculares. El crecimiento de las ciudades ha sido el contexto de esta nueva situación. Por ejemplo, durante el mes de abril de 2004, el gobernador del estado inauguró diez salas de cines con lo que Tuxtla Gutiérrez cuenta con más de cincuenta en una ciudad que no alcanza el millón de habitantes y que inició el año 2000 con cinco salas de cine. En la misma ciudad se han establecido los grandes almacenes como el

Sam'S Club y otros, y ha llegado el sistema de plazas comerciales, de los *malls* norteamericanos, que borran del mapa a la tienda del barrio, al “tendajón de la esquina”. En la ciudad de Tuxtla Gutiérrez se está próximo de inaugurar un gigantesco local de Wall Mart, el negocio más grande del mundo. El estadio de futbol es parte de esta modernización, pieza clave de la misma como espacio que permite la manifestación masiva de la integración, así sea esta momentánea. La discusión que plantea el caso chiapaneco es la de la doble dimensión del deporte en una sociedad fragmentada y en vías de modernización: por un lado, un mecanismo que legitima el orden establecido pero, por el otro, un sistema de símbolos que logra la cohesión de la sociedad. Así, el futbol en Chiapas está colocado en ese ámbito dual de legitimador de un nuevo orden modernizador pero también de integrador de identidades. Más aún, el futbol en Chiapas está generando espacios públicos de participación masiva que comienzan en el estadio, enlazando los elementos de la tradición cultural con los que trae la modernidad. La modernidad en Chiapas pluraliza la acción individual y hace que el proceso formador de una identidad colectiva sea muy complejo. El análisis del futbol nos lleva a la conclusión de que las varias maneras de pensar el mundo y de vivirlo en una sociedad como la de Chiapas, encuentra en el ámbito del deporte un mecanismo de expresión de la diversidad.

Es importante para la comprensión de la situación actual de Chiapas, el rememorar las crisis que antecedieron al primero de enero de 1994 y la falta crónica de inversión federal para el desarrollo, en un estado de la Federación concebido por el centro político del país como un “territorio de reserva”, cuyos recursos se piensan y usan para impulsar el desarrollo pero fuera del mismo. Con todo el esfuerzo del Gobierno local que se inició en el año 2000, Chiapas es todavía, un territorio de subdesarrollo, situación que en parte se explica por una relación asimétrica con el Estado nacional. En un contexto así, las riquezas culturales y naturales poseídas por el Estado han sido, en forma paradójica, la fuente de sus tragedias. La codicia cayó sobre ellas asociada a una acción del Estado que decidió posponer el desarrollo de los propios chiapanecos. Debe recordarse que los programas de inversión de los primeros gobiernos emanados de la revolución de 1910, operados entre 1930 y 1940, se destinaron a crear gigantescos distritos de riego para estimular la agricultura comercial en el norte y en el

noroeste del país. Las tres cuartas partes de toda la tierra puesta bajo irrigación se localizó en estados como el de Sonora, Sinaloa o Nuevo León (Wilkie, 1968). Así mismo, fue en estos distritos de riego en donde primero se mecanizó la agricultura en el país, generando grandes brechas en el desarrollo regional que adquirió un cariz de desigualdad acusada. Tal tipo de desarrollo regional desigual está documentado por, entre otros, los trabajos de Wilkie, 1968; Tannembaum 1966 y Hansen 1971.

Los efectos de las políticas mencionadas más los que causaron la construcción de las grandes hidroeléctricas sobre el río Grijalva, pensadas para dotar de energía a otras entidades del país, explican que, no obstante ser Chiapas un estado rural, la producción ofrecida por el agro es notablemente inferior en generación de riqueza que la que proviene del comercio y de los servicios, como lo demuestra el trabajo de Villafuerte, 2006. De esta forma, otro de los resultados desventajosos para Chiapas es la extrema presión sobre la tierra, que, en los últimos cinco años se ha mitigado por el asombroso crecimiento de la ola migratoria hacia los Estados Unidos. De ser un territorio de baja expulsión de su población, Chiapas se ha ido situando como uno de los estados de la República con mayor migración y recepción de remesas. No disponemos aún, por lo novedoso del caso, de estudios acumulativos sobre la migración, pero es de suponerse que será uno de los factores de cambio más importantes en Chiapas en los próximos años.

RENGLONES PARA CONCLUIR

Debe enfatizarse que el futbol no es la causa sino un medio para la movilización social. No es el futbol lo que produce la integración en una sociedad fragmentada, sino la necesidad del desarrollo, imposible de lograr en esas circunstancias y con el sentimiento de autoestima en su nivel más bajo. El futbol es un mecanismo creíble en contraste con la política y aún, la religión, tan cuestionadas en los últimos tiempos. De ahí la capacidad de este deporte, sencillo en sus reglas, barato para practicarlo, con el potencial de provocar el impulso colectivo — como lo enseña el caso chiapaneco— que atraviesa las diferencias sociales y culturales realmente existentes. El futbol no borra las desigualdades sociales sino que provee un sistema

de simbolización por el que es posible llegar a la integración. El caso chiapaneco es una muestra clara de lo anterior. En medio de las desigualdades sociales el futbol es un factor que logra la legitimidad de la modernización, provocando en el entorno colectivo un sentimiento de pertenencia y de autoestima.

Existe otro aspecto importante en el caso de los Jaguares de Chiapas: su inicio errático. Las primeras temporadas del equipo mostraron a un conjunto desacoplado, frágil en todas sus líneas, incapaz de crear una estrategia colectiva. No obstante esa situación, los aficionados continuaron asistiendo al estadio, movidos por la esperanza no sólo de la recuperación del equipo, sino de la propia sociedad chiapaneca. Las entrevistas con los espectadores dentro del propio estadio local, mostraron este hecho. Afianzarse a la esperanza, como me lo dijo un aficionado, era la tónica colectiva. Hubo un momento de especial tensión cuando los Jaguares enfrentaron a los colibríes del estado de Morelos, otro equipo que peleaba por no descender. En esa ocasión, los directivos del club regalaron camisetas a un buen número de aficionados. El desarrollo del partido fue tenso y los Jaguares lo perdieron. La reacción de una parte del público fue quemar las camisetas que habían recibido y lanzarlas al estadio en repudio por la falta de espíritu de los jugadores. A los Jaguares les quedaba una última oportunidad. Cuando esta llegó, el estadio se llenó. La expectativa de los aficionados subió a su nivel más alto. Faltando sólo ocho minutos para finalizar el partido, persistía un empate que no servía de nada a los Jaguares. La tensión en el estadio era evidente. Una falta del equipo contrario al filo del área provocó el tiro directo que, ejecutado por Gilberto Mora, dio el triunfo y la permanencia en la primera división al equipo local. Sólo estando en el estadio en ese momento fue posible percibir lo que para los chiapanecos significó esa victoria que fue celebrada como si el equipo hubiese ganado el campeonato. Me parece que, en ese momento, se manifestaba en Chiapas una comunidad interpretativa reafirmada por la victoria del equipo de futbol y sostenida por los símbolos que incluyen al jaguar y el color anaranjado. Estamos frente a la reconfiguración de la identidad social de Chiapas que se sobrepone a la fragmentación. Es un proceso que Roberto Da Matta, escribiendo en Brasil, ha logrado caracterizar como el paso de la identidad a la identificación (Da Matta, 1982). Así se establece el medio por el que adquieren significado los símbolos aportados por el futbol. Este momento es particularmente

importante en una sociedad que, como la de Chiapas, ha ido perdiendo la relación cara a cara para dar paso a los anonimatos de la modernidad. Esta novedad es muy evidente en la capital, Tuxtla Gutiérrez, que ha dejado las características pueblerinas convirtiéndose en una pequeña urbe de alrededor de 700,000 habitantes. Los sitios tradicionales de congregación pública que había en la ciudad, han pasado a ser espacios anónimos o ámbitos para la manifestación política. Todavía en la década de los años setenta era común encontrarse en el parque central de Tuxtla Gutiérrez a la población en interrelación, funcionando la relación cara a cara. La comunidad de identificación que allí se manifestaba ha cambiado de espacio y de dimensiones: hoy es el estadio de futbol, o los ámbitos del futbol en general, en una manifestación multitudinaria que rompe, por momentos, el anonimato. El sentimiento de pertenencia que antes se manifestaba en el espacio público de la plaza central de las ciudades, ocurre en la modernidad actual en el estadio de futbol. Es una situación semejante a la que ha descrito el etnólogo francés Christian Bromberger (1998). Cada partido de futbol es un apoyo para la reafirmación de lo local, el fortalecimiento de la autoestima y el soporte del sistema de símbolos. Esta es la profundidad antropológica del futbol. Más allá de las explicaciones fáciles que aluden al “opio del pueblo” o a la “idiotez de las masas”, el futbol ha penetrado en la sociedad hasta convertirse en un hecho social total, como escribe Ignacio Ramonet (1999) o los etnólogos que han reflexionado sobre el deporte como el propio Bromberger o Augé. En mi libro, *Lo*

Sagrado del Rebaño, se apunta también la importancia del futbol como un hecho social total (Fábregas, 2001). El análisis del futbol nos lleva a una mejor comprensión de las características del capitalismo contemporáneo, de las contradicciones que conforman la globalidad y de la vigencia de lo local, como lo han mostrado varios etnólogos españoles. En el caso de Chiapas, la reflexión sobre el futbol nos aclara el surgimiento, por vez primera en la sociedad local, de un verdadero empresariado, que distingue entre lo que es propiamente una empresa capitalista, financiera, con inversión, de lo que es el puro establecimiento comercial. El futbol ha proveído el espacio propicio para ello porque la misma actividad deportiva es una empresa. El caso chiapaneco revela lo que otros etnólogos ya habían señalado: la manifestación de la ideología del capitalismo actual, es decir, el deber de ganar,

el absolutismo de la competición, la legitimidad de la mentira (Brune, 1999). Todo ello es cierto. Pero lo es también que la consolidación del futbol como fenómeno universal se debe a su capacidad para generar un sistema de símbolos que apuntalan la formación de comunidades de identificación, el paso de la identidad a la identificación y la integración de la diversidad. En el caso chiapaneco, el futbol provoca la integración de la sociedad a costa de la fragmentación. El proceso muestra la transformación del poder económico tradicional que se traslada del control del campo al control de la urbanización y de la modernidad. Dicho con Víctor Turner, son “integraciones momentáneas”, pero que demuestran la posibilidad de una sociedad fragmentada de lograrlo.

Las contradicciones dentro de las que se desenvuelve el futbol en Chiapas muestran el doble papel de este deporte. Por un lado, están los seguidores del equipo para quienes éste representa un símbolo de identidad, un mecanismo integrador que otorga cohesión a una sociedad dividida y con severos problemas de diferenciación social que incluyen el factor étnico. No son sólo las distinciones de clase social las que operan en Chiapas sino también las étnicas. En el contexto de estos dos universos sociológicos, ocurre una fragmentación que se expresa en las rivalidades y conflictos políticos y religiosos. Cada poblado en Chiapas encontraba en la fiesta un medio para cohesionarse, pero con alcance limitado a las fronteras de la propia población en concreto. Los carnavales, como el de San Juan Chamula o el de Ocozocoautla, juegan claramente ese papel. Pero faltaba un símbolo que permitiera la expresión masiva de “lo chiapaneco” en las circunstancias que hemos descrito para el estado de Chiapas. Ese símbolo se posibilita con el futbol profesional.

Por otra parte, para el emergente empresariado chiapaneco, el futbol abrió las posibilidades de integrarse a un negocio de proporciones considerables que es, además, factor de modernización. Desde el punto de vista empresarial, los Jaguares de Chiapas significan no sólo un negocio sino la revitalización de la economía en una sociedad que depende del gasto gubernamental. El futbol abre derramas económicas en varios frentes y le plantean a un empresariado tan nuevo como el de Chiapas, la existencia de mercados y de campos de inversión que no habían sido no sólo explorados sino ni siquiera imaginados. No es una oportunidad económica menor, por ejemplo, los tratos con las televisoras para la transmisión

de los partidos. Las grandes empresas de multimedia encabezadas por Televisa y Televisión Azteca, forcejean entre sí en cada inauguración de los torneos cortos para tener la exclusiva de la transmisión de los partidos de los Jaguares de Chiapas. Ello implica un nuevo tipo de relación para los empresarios locales que así ven una oportunidad de establecer asociaciones con los capitales que controlan la comunicación en México. La ocupación hotelera en Tuxtla Gutiérrez ha aumentado notablemente los fines de semana en que se celebran juegos. Incluso, cuando el rival es un equipo de la popularidad de las Chivas Rayadas o del Cruz Azul, la afluencia de aficionados de Guatemala o El Salvador es notable. La comercialización de una infinidad de productos es mayor los días de futbol. Esa derrama económica cada quince días ha significado para Tuxtla Gutiérrez una revitalización que ha alertado al empresariado local acerca de la importancia del futbol como negocio.

Las diferentes épocas que ha vivido el estado de Chiapas a lo largo de su historia y de las relaciones de ésta con la historia nacional, han modelado a una sociedad recelosa de las innovaciones. Para mayor precisión, el peso de las actitudes culturales de los grupos dominantes consolidó una actitud de rechazo a las alteridades al tiempo que se enfatizaba la división entre indios y no indios. Ésta ha sido una tensión constante en la sociedad chiapaneca. Por ello, y advirtiendo que el proceso es complejo, la introducción de la alteridad religiosa causó y aún causa, problemas severos de fragmentación. Chiapas, a partir de la cristianización católica, había sido una sociedad casi monorreligiosa. En el aspecto político, desde los arreglos entre el liderato de la Revolución Mexicana y los hacendados chiapanecos conocidos como mapaches, Chiapas fue una sociedad monopartidista: el PNR (Partido Nacional Revolucionario) primero y el PRI (Partido Revolucionario Institucional) después, fueron por décadas los únicos partidos políticos que operaron en la entidad. Estos monopolios contrastaban con la variedad cultural, incluyendo en ella a la diferenciación lingüística y el desarrollo regional desequilibrado. La ruptura de los monopolios religioso y político acentuó la fragmentación. En enero de 1994, en sólo unos días, surgieron alrededor de 250 organizaciones con intereses diferentes, lo que es indicativo de la profundidad de la fragmentación. En notable contraste, se había generalizado la idea de una “identidad chiapaneca”, difusamente simbolizada. Así, la marimba no es un símbolo para el mundo

indígena, en donde el arpa y el violín son más importantes. La cocina también está particularizada y el Himno a Chiapas le dice mucho más a la población mestiza que a la indígena. La modernidad del siglo XX, que se inicia en Chiapas en 1970, provocó cambios importantes, entre otros, un proceso acelerado de urbanización. La fragmentación de la sociedad requiere solucionarse frente al nuevo tiempo, sin dejar de lado a la tradición. Justo este aspecto tan relevante es el que permite el éxito de un equipo profesional de futbol, aceptado por todos los sectores y grupos de la sociedad chiapaneca. Así encuentra la sociedad un mecanismo de integración capaz de absorber a la tradición e incorporarla a la modernidad. El resultado es la operación de una sociedad mucho más compleja, en donde la fragmentación persiste, pero es resuelta simbólicamente a través del futbol. Más allá del cliché sobre “el opio de los pueblos”, el deporte en general y el futbol en particular, han pasado a otro plano en la vida social, cumpliendo papeles que antes desempeñaban la religión o la política, como lo demuestra el caso de los Jaguares de Chiapas.

BIBLIOGRAFÍA

- AUGÉ, MARC, 1987, *Travesía por los Jardines de Luxemburgo*. GEDISA, Barcelona.
- BRUNE, FRANCOIS, 1999, “Un resumen de la condición humana”, en S. Segurota (Ed.), *Futbol y pasiones políticas*. Debate, Barcelona, pp.19-27.
- BROMBERGER, CHRISTIAN, 1999, “Tercer medio tiempo para el futbol iraní.”, en S. Segurola (Ed.), *Futbol y pasiones políticas*. Debate, Barcelona, pp. 97-105.
- 2000, “El futbol como visión del mundo y como ritual”, en M.A. Roque (Ed.), *Nueva Antropología de las sociedades mediterráneas*. ICARIAInstitut Catalá de la Mediterrània, Barcelona.
- DA MATTÀ, ROBERTO *et al.*, 1987, *Universo do futebol: Esporte e sociedade Brasileira*. Pinakothek, Río de Janeiro.
- FÁBREGAS PUIG, ANDRÉS, 2001, *Lo Sagrado del Rebaño*. El Colegio de Jalisco, Zapopan.
- HANSEN, D.R., 1971, *The Politics of Mexican Development*. The John Hopkins Press, Baltimore an London.
- MEDINA, F. XAVIER Y RICARDO SÁNCHEZ, 2003, (Ed.), *Culturas en juego: ensayos de antropología del deporte en España*. ICARIA-Institut Catalá de Antropología, Barcelona.
- RAMONET, IGNACIO, 1999, “Un hecho social total”, en S. Segurota (Ed.), *Futbol y Pasiones Políticas*. Debate, Barcelona, pp. 11-19.
- TURNER, VÍCTOR, 1990, *La selva de los símbolos*. Siglo XXI, Madrid.
- TANNEMBAUM, F., 1966, *Peace by Revolution. Mexico after 1910*. Columbia University Press. Nueva York.
- WILKIE, W. J., 1968, *The Mexican Revolution. Federal Expenditure and Social Change Since 1910*. University of California Press, Berkeley and Los Angeles.